

---

## El reino de este mundo

A FINALES DEL PASADO AÑO, los periódicos informaron sobre los resultados de una encuesta llevada a cabo por el Centro de Investigaciones sobre la Realidad Social (Cires) de la fundación BBV. Sin entrar en el detalle de los datos aportados por el estudio, algunos muy significativos, me llamaron la atención sobre todo dos rasgos relativos al sondeo de opinión: el primero fue su título mismo, *Religiosidad y ética social de los españoles*. Y el segundo, la forma en la que algunos diarios presentaban al público sus resultados: bajo un titular que decía algo así como *Los españoles se muestran cada vez*

*más preocupados por la ética*, la primera frase del artículo nos informaba de que “los españoles son cada vez más moralistas y enjuician con mayor rigor ético a los demás”.

Buena parte de los equívocos que hoy se dan respecto a la cuestión ética en España se condensan en ese título y en ese titular. El primero da por sentado que la ética social (es decir, la ética, porque no hay ninguna que no sea social) debe presentarse en un mismo lote con la *religiosidad*, como vasos necesariamente comunicantes; en el segundo queda implícito que la preocupación por la moral aumenta

cuando uno se vuelve más moralista y cuando intensifica el rigor ético con el que juzga a los demás.

¿Hay una vinculación necesaria entre ética y religión? ¿Se funda en último término siempre al apremio de la primera en el premio de la segunda? ¿Son los clérigos los guardianes natos de los valores morales? Desde luego, todas las iglesias (incluyendo en el término tanto el clero oficial de cada culto como su respectivo negativo herético de disidentes, más papistas que el Papa o *menos*, según los casos) hacen sumo hincapié en el resguardo de diversos preceptos de conducta, los unos de gran relevancia social (“no matarás”, “asistirás al desvalido”...) y otros cuya trivialidad sólo los vincula a la necesidad de identificarse como grupo frente a los infieles o a la gazmoñería (“no comerás carne de cerdo”, “evitarás los pensamientos lascivos”, etcétera).

Cuanto más evolucionada está una religión, más énfasis pone en los primeros y más relativiza los segundos, aunque sin descartarlos nunca del todo; los integrismos y los cultos propensos a supersticiones atávicas se los toman todos con el mismo celo e incluso insisten más en los segundos porque —como son menos racionales— proporcionan mayor sensación de obediente integración a la ortodoxia. Además los segundos facultan al clero en su permanente labor de vigilancia, denuncia y administración de la expiación, tareas que sostienen su influencia pública

frente a las leyes generales que cualquier laico basta para defender y administrar. Este interés gremial de los intermediarios profesionales ante la divinidad es lo que parece olvidar Hans Küng, cuando propone que todos los líderes religiosos asuman el consenso de una moralidad única, es decir, destinada por su generalidad misma a minar la relevancia social de todos ellos.

Por otra parte, tal unanimidad benéfica sólo podría establecerse de acuerdo con criterios *racionales*, es decir, no sometidos a ninguna *relevación* religiosa particular y fundados, por el contrario, en consideraciones históricas, psicológicas, económicas y —resumiendo— en *intereses* humanos relativos a la forma de vivir más placentera y autónomamente, lo cual rara vez equivale para oídos religiosos a más *piadosamente*. Pues son estos baremos de interés y razón precisamente los específicos de la *ética*, en el único sentido laico válido del término, pero no los de las religiones eclesialmente administradas.

En cierta forma hasta podría decirse que el propósito ético es *contrario* —en su decisión de fundar todas las normas de comportamiento sobre afanes vitales autónomos de los hombres y no en mandatos sobrenaturales— a la actitud característicamente religiosa. Cuando se insiste en que la libertad es presupuesto de la ética, nunca falta quien quiere atrápanos preguntando: “Pero la libertad ¿de qué?”. La respuesta es obvia:

libertad respecto a los dioses o, aún mejor, libertad de la necesidad legisladora de los dioses... y también de los dioses de la necesidad que en el pensamiento científico la sustituyen. Desde luego, estos valores morales basados en opciones y proyectos humanos derivan en muchas ocasiones de otros sustentados por las grandes religiones, pero estilizados y secularizados (también ciertas religiones, como la cristiana, adoptaron a su modo valores de la filosofía pagana anterior).

El problema es que cuando los valores se convierten en cosa humana, demasiado humana, han de someterse a la temporalidad histórica y al cuestionamiento crítico: sólo la memoria social y la perseverancia racional de los hombres los sostiene, no la omnipotencia inexcrutable del decreto divino. Son, pues, intrínsecamente *frágiles*; quienes repiten machaconamente lo de la “crisis de valores” parecen olvidarse de que la crisis y la controversia forman el aire mismo que respira la ética cuando se hace decididamente humana.

La ruptura cada vez más completa de los lazos de solidaridad que vinculan a las antiguas sociedades, las perplejidades de un individualismo democrático cuya exigencia de autonomía responsable choca frecuentemente con la ausencia de medios y de educación para ponerla en práctica, la apabullante eficacia de difusión de la tecnología en contraste con la lentitud hipócrita para extender y

respaldar los derechos humanos, el deseo de pertenecer a alguna identidad arrolladora y vindicativa frente a la dificultad de participar en los meandros nada limpios de la política democrática... Motivos de desazón que propician a veces la nostalgia de credos autoritarios y dan cancha a Savonarolas intrasigentes. La vocación autoocrítica de la ética humanista (y de su plasmación política, el individualismo democrático) es su mejor garantía y la fuente de todas sus zozobras.

Las iglesias aprovechan esta paradoja para publicitar su *pureza* moral frente a los intereses *desespiritualizados* que subyacen al humanismo ético. Y no sólo las iglesias: voces laicas de trémolo apocalípticamente finisecular (alimentadas a veces en la hinchazón megalómana de los filósofos contemporáneos enemigos de la modernidad que anatemizan sin sonrojo todo el pensamiento occidental como un *error* incurable) claman contra el global *sinsentido* de las sociedades democráticas. Algunos ya expresan su envidia por el unanimismo fanático de los integrismos religiosos como ejemplos de una *salud moral* que antes encarnaban, por el contrario, los individuos capaces de sostener en su aislamiento la dignidad de los principios contra los hechizos masificados. Julien Benda habló hace años de la traición de los *cleros* (entendiendo por tales a los intelectuales); hoy la traición de los *cleros* es compartir el tono y los prejuicios de los clérigos.

Por eso en nuestro país se considera que son ante todo *morales* quienes más denuncian y fustigan la inmoralidad de los demás. Tienen prima de respetabilidad los truculentos (aunque sus dicitos no sean más que la puesta al día negativista de los dogmas más imbéciles de totalitarismos por suerte fracasados) y se tiene por evidente que moraliza más quien más desmoraliza. Pero de nada sirve protestar contra el papanatismo popular que beatifica la vacuidad de tantos fiscales oportunistas: es preciso dirigir la práctica social y política contra los males que les prestan argumentos. El Gran Inquisidor de Dostoievski pontificó:

“Ninguna ciencia les dará a los hombres el pan mientras continúen siendo libres... La libertad y el pan de la tierra, las dos cosas juntas para cada uno, son inconcebibles porque nunca, nunca sabrán ellos repartírselo entre sí”. La única forma de abolir para siempre los inquisidores, grandes y pequeños, profesionales y aficionados, es lograr para cada uno de los hombres la libertad y el pan. Entretanto, nunca faltará quien espere desesperadamente del cielo o del púlpito el maná de las virtudes que no sabe, no puede o no se atreve a empuñar con sus solas manos desnudas.☺

*Fernando Savater*